



Rosario Robles

Bicentenario

Preocupados por la severa situación económica, por esta ola de violencia que parece no tener fin, por el desprecio y la frivolidad del presidente francés, por las posiciones que han expresado portavoces importantes del gobierno norteamericano con relación a lo que sucede (sobre todo en la frontera) y hasta por lo publicado en *Forbes* (nos indigna que se incluya un narcotraficante, pero no nos llama la atención que varios empresarios aparezcan en esa publicación como dueños de fortunas considerables que contrastan con la pobreza de cincuenta millones de mexicanos), poca atención le prestamos a otros aspectos importantes de la vida nacional. Ensimismados y enfocados en el cortoplacismo y en la respuesta reactiva a una realidad que parece rebasar a las instituciones del Estado (más bien a los gobernantes), se ha hecho a un lado la visión de futuro, la necesidad de construir un nuevo proyecto nacional igualitario, libertario, incluyente, moderno. La prueba más clara de ello es la manera en la que los gobiernos (de todos los colores) han asumido los festejos relacionados con una fecha que en muchos sentidos debiera ser fundacional: el bicentenario. Si se recorre la Ciudad de México

(ese territorio minado que hace mucho dejó de ser un lugar amigable) se puede constatar que se asocia este nombre con el remozamiento de avenidas importantes y la configuración de un circuito que llevará ese nombre a partir de lo que ya existía. Lo mismo sucede si se transita por las carreteras del país que cruzan las entidades en las que se gestaron y desarrollaron los dos grandes movimientos históricos que se conmemoran en este 2010. Si se visita el Estado de México las obras públicas en construcción son publicitadas con esa denominación. Desde luego que la perspectiva cultural está presente (sería deshonesto no decirlo), de la misma manera que se piensa en monumentos emblemáticos que recuerden esa conmemoración en años venideros (como cuando pasamos por el Monumento a la Revolución o el Ángel de la Independencia), pero poco se habla de lo social, de la necesidad de sentar las bases para regenerar un país lacerado por la desigualdad, por la violencia. Poco se toca el hecho de que siguen pendientes muchas de las asignaturas que fueron el caldo de cultivo de las movilizaciones populares que caracterizaron tanto a la Independencia como a la Revolución.

Valdría la pena entonces reorientar las estrategias, poner los acentos en otra parte. No en las obras de relumbrón, sino en aquellas que tienen que ver con la gente, con sus imperiosas necesidades, con su derecho a vivir

en paz y dignamente. Las metas establecidas por la Cumbre del Milenio precisamente para este 2010 (entre otras erradicar la pobreza y el hambre, garantizar la educación universal y la igualdad entre los géneros, reducir la mortalidad infantil y materna, combatir el sida y fomentar la sostenibilidad del medio ambiente) son una oportunidad para fijar derroteros de trascendencia que tienen que ver con luchar contra la desigualdad y la discriminación, contra la miseria. Hace tiempo que olvidamos estas prioridades. En otros países, por ejemplo, se desplegaron una serie de iniciativas y eventos haciendo un llamado global al tiempo que se le recordaba a los gobiernos que la crisis económica no debe utilizarse como pretexto para posponer los objetivos del desarrollo del milenio (cuánto hace falta algo así en México). Bajo la consigna de *Levántate y actúa*, cien millones de personas en doscientos países se congregaron para exigir políticas públicas tendientes a garantizar los derechos sociales y humanos, así como el de las mujeres a vivir sin violencia y con igualdad. En México, en contraparte, se ha dejado de un lado el aspecto social, olvidando con ello que lo que alimentó los movimientos que se festejarán el año que viene fue justamente el contraste entre el hambre y la pobreza de muchos frente a los privilegios de unos cuantos.

Ser... o neceser

La alianza del PT con el PRI en Nuevo León no sólo es una incongruencia, sino la muestra palpable de que el dedo flamígero (por supuesto el de Andrés Manuel) sólo se utiliza a conveniencia. ■ mrobles@mileniodiario.com.mx



Valdría de relumbrón,
la pena poner
los acentos
en otra parte.
No en
las obras

con su
derecho
a vivir en paz
y dignamente
que ver
con la gente,

